



**COLABORADOR
EDITORIAL**

**Brasileño de nacimiento y
mexicano de corazón
Biólogo, estudiante de
doctorado en ecología,
INCOL, Xalapa, Veracruz.**

COLUMNA INVITADA

Por: Reuber Antoniazzi / @RL_Antoniazzi

Todas las miradas en la ciencia

La expectativa de vida de los humanos a finales del siglo XVIII era de menos de 30 años de edad, en la mitad del siglo pasado subió a 50 años y actualmente está alrededor de los 70 años. Imagínense que nuestra vida estuviera restringida solo a 30 años de edad, ¿cuántas cosas ha hecho usted desde que cumplió 30 años?, los que no han cumplido, imagínense todo lo que tienen planeado hacer después de esta edad. Existen muchos factores que nos permitieron incrementar el tiempo de vida, como mejoras en los cuidados médicos y mejores condiciones de vida. Pero sin duda alguna, por detrás de este bienvenido incremento en la expectativa de vida está el avance de la ciencia: en entender las causas de muerte, en estudiar las enfermedades, y así en desarrollar recomendaciones preventivas y tratamientos curativos. Como esa es una estadística a nivel mundial, varía para los diferentes países y regiones del planeta, y depende de como se invierten los recursos públicos en la mejora de las condiciones de vida y en la ciencia. A lo largo del tiempo el conocimiento humano, aquí enfatizo el científico, resuena en todas las esferas de la sociedad, transformándola; una vez que nosotros individualmente o en sociedad aprendemos algo que incrementa las posibilidades de supervivencia y mejora la calidad de vida, es bien probable que incorporemos estas prácticas en nuestros hábitos.

Hay muchos momentos de la historia de las sociedades humanas que se nos imponen desafíos los más diversos, y las personas y los gobiernos son puestos a prueba en relación a su capacidad para responder ante a ellos, como por ejemplo la pandemia del nuevo coronavirus que estamos viviendo. La pandemia nos cobra actitudes organizadas, rigurosas, inmediatas y coherentes con el fin último de salvar la mayor cantidad de vidas posible. Lo que queda claro en este contexto es que las posturas de los gobiernos de países que adoptaron medidas basadas en el conocimiento científico resultaron en menores tasas de contagios y, consecuentemente, menor número de defunciones. El discurso de negación, no alineado con los descubrimientos y las previsiones científicas, conllevó a resultados desastrosos; independiente de la riqueza económica de los países. Lo que pesará sobre los gobiernos de esos países será no solo la gravedad de la crisis económica actual y venidera, si no las muertes que podrían ser evitadas. Muertes evitables, es el peso que cargan quiénes cierran los ojos a los hechos y a las evidencias científicas.

La ciencia no tiene lado, no tiene partido, no tiene ideología. Valiéndose del método científico se construye el conocimiento científico, basado en evidencias a partir de hechos. Así, el científico interfiere lo mínimo posible cuando se vale del método científico. La genialidad del científico está en la elaboración de preguntas pertinentes para contestar determinado problema basándose en el conocimiento que ya existe, en la idealización del experimento adecuado para contestar dicha pregunta, en la interpretación de los resultados a partir de análisis estadísticos y en la confrontación de los resultados ante el trasfondo teórico. Así, los hallazgos son sometidos a otros investigadores, también

expertos en el tema, que evalúan el trabajo y lo recomiendan, o no, para publicación. Una vez publicado, el experimento puede volver a ser realizado por otros científicos con distintas creencias, ideologías, estilos de vida, en cualquier parte del mundo, así, cuando hay estafa y falta de ética en el proceso cedo o tarde es detectado. Y lo más bello es que si aparecen nuevos estudios que apunten evidencias en sentido contrario a evidencias de estudios anteriores, los nuevos estudios deben prevalecer o recalibrar al anterior, incrementando el conocimiento sobre determinada materia. Cada hallazgo de los estudios científicos es una pieza de un enorme rompecabezas, pavimentando la carretera hacia una visión imparcial de los hechos. Así que la ciencia no es opinión, no es creencia.

Ante la pandemia, los gobiernos de los países de todo el mundo tienen la oportunidad, "la excusa", el deber, de invertir en la ciencia, incrementar los programas que ya existen y crear otros más, entrenar personal calificado, incrementar la industria farmacéutica, de pruebas diagnósticas y de vacunas, de equipos y máquinas de laboratorio, tanto para la investigación como para el tratamiento de los enfermos. Ya se sabe que el dinero destinado a la ciencia no es gasto, si no inversión, el dinero que va para la ciencia es dinero que regresa a la sociedad. Así, la formación de personas y el fomento de las investigaciones científicas resultarán en el bienestar social directa o indirectamente. La ciencia tiene el poder de transformar positivamente a la sociedad. Invertir (o no) en ciencia hoy nos va a dejar mejor (o peor) preparados para los próximos desafíos que enfrente nuestra sociedad. Es hora de mirar hacia la ciencia, apoyar a la ciencia hoy es garantizar su futuro, de su familia, de su pueblo, y de su país. #Ciencia-QueTransforma